

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE



## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administracion en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripcion es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—Sed de infinito, poesia, por Alejandro Harmsen.—Paulina Rubens, novela por E. B.—A la vista del puer to por A. G.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

Entretanto Antolina habia traído una tabla, sobre la cual estaban los requesones que habia confeccionado durante la noche.

La abuela los contó y los apuntó, diciendo:

—Sesenta y cinco. Ahora pasemos al corral. Ven, hija mia.

A la verdad yo tomaba muy poco interés en todo aquello, y hubiera preferido contemplar las monadas de mi cabrita, colgada del peson de su madre improvisada, pero me fué preciso obedecer.

Ruperta nos siguió. Ruperta era la encargada de ir á vender todas aquellas cosas al mercado.

Las gallinas corrieron hácia nosotras así que nos divisaron, pero bien pronto supe el secreto de su cortesanía.

Antonio trajo dos sacos, uno vacío y otro lleno de cebada, y la midió delante de nosotras, pasándola de uno en otro.

Entonces, mientras la abuela arrojaba cebada á las gallinas, Antolina y Blas fueron recogiendo todos los huevos y colocándolos en una cesta.

—Que rareza! pensaba yo, la que reprochaba tácitamente que yo hubiese dado dinero al honrado Antonio en premio de un servicio, ahora le hace medir la cebada en su presencia, como si desconfiase de su integridad! Y Antolina y Blas que tambien han envejecido en la casa! Sin confianza no puede haber nada bueno en el mundo! Ella se escusaria de este mal rato, y ellos la sevirian mejor.

Me detuve en mis reflexiones, porque ví de nuevo los ojos de la abuela fijos en los míos, y



me pareció que sonreía con malicia, como si acabase de leer mi pensamiento.

—Cuatro docenas, dijo en aquel instante Antolina.

La abuela las apuntó, y pasamos del corral al palomar. Allí cogieron seis pares de pichones.

Llevaronlo todo al establo, á donde volvimos también nosotras, y la abuela dijo á Ruperta, que nos había seguido á todas partes.

—Veinticinco azumbres de leche, cinco docenas y media de requesones, cuatro docenas de huevos y seis pares de pichones; ya estás lista, puedes marchar al instante, porque hoy se nos ha hecho tarde.

Pero Ruperta no se movía, entreteníendose en arrollar la punta de su delantal.

—¿Quieres algo, hija? la preguntó la abuela con un acento lleno de interés y de bondad!

—Oh, para mí, no, señora! balbuceó Ruperta. ¿Qué puedo querer yo, si usted se adelanta siempre á darme cuanto necesito?

—¿De quien se trata, pues?

—De Susana.

Al oír este nombre me puse colorada hasta las orejas, y la abuela tomó su actitud de severa dignidad.

—Pobre Susana! continuó Ruperta, aun no había salido el sol cuando vino á llamar á mi casa... Daba lástima el verla..!

—Me han echado, decía entre sollozos... Maldito genio..! ¿Que haré para quitármelo? Mis amos, mis buenos amos... Tan indulgentes conmigo! Tan compasivos..! ¿Que era yo antes de entrar en su casa? Una miserable criatura sin apego á nada, sin temor de Dios... Oh, mi hermosa cocina..! Estaba tan acostumbrada á ella..! tan clara... tan llena de todo lo necesario..! Y la señora, que acababa de mandar abrir una ventana para que tuviese mas luz, y que hizo poner cristales en ella para que no me incomodase el frío..!

Peró mira, Ruperta no es esto lo que voy á echar de menos... es que los quiero, es que los quiero mucho..! Preferiría que me vistiesen toda de madera de arriba á bajo, como sucede á los que se mueren en paz y gracia de

Dios, á que me echasen de su casa... Y por mi culpa... por mi propia culpa..!

Veinte años que estoy con ellos, y tienen tantos días veinte años, y viéndolos y oyéndolos todos los días..! ¿Adónde iré, pobre de mí, que haré..? Ya no volveré á manejar mis cacerolas, tan limpias tan brillantes, ¿quien cuidará de ellas..! Ya no veré á los niños, que me hacían reír y rabiarse á un mismo tiempo..! Ay, desdichada de mí..! Por Dios, Ruperta, dile á la señora que me quite el salario, pero que no me deje morir sola, que me deje morir en paz junto á ella, aunque tenga que castigarme por el mal genio, tratándome como á un perro..!

Oh, Julia, cuánto sufrí durante aquella relación, reconociéndome como causa de tan amargo desconsuelo.

—Yo no puedo nada en esto, dijo la abuela haciendo un esfuerzo para que no la vendiese el temblor de su voz, es á mi hija á la que ha ofendido, y ella sola puede si quiere perdonar la y volverla á admitir.

—Que se quede, que se quede, exclamé yo fuera de mí.

La abuela me miró con una expresión tal de gratitud, que me conmovió toda el alma.

Pero como pintarte nuestra sorpresa, cuando vimos entrar precipitadamente á Susana, que había estado aguardando su sentencia en el huerto, y arrodillarse á mis pies y besar mis vestidos, con el mismo apasionado entusiasmo que si hubiese besado los vestidos de una santa! Era un espectáculo extraño el que ofrecían sus mejillas cubiertas de lágrimas, sus blancos cabellos en desorden y la delirante alegría que reflejaban sus miradas!

Parecía loca: reía y lloraba á un mismo tiempo, me bendecía y acariciaba. Sus pasiones tempestuosas tenían siempre una manifestación brusca y casi salvaje.

(Continuara.)

Angela Grassi.



## SED DE INFINITO.

Cuando miro en la noche callada  
Brillar las estrellas,  
Que en su espléndido manto se esparcen  
Cual sartas de perlas;

Olvidando del día que á muerto  
Los rudos afanes,  
La inquietud que la mente devora  
Con lucha incesante,

Yo no sé que tristeza sin nombre  
Despierta en el alma,  
Ni qué voz misteriosa me dice  
Que allí está mi patria.

Y recuerdo fugaces ensueños  
Sin ser y sin forma,  
Que en mi espíritu estelas dejaban  
De luz y de aromas.

Yo recuerdo que aéreas visiones  
Flotaban en torno,  
Y el batir de sus alas rozando  
Sentía en mi rostro;

Y una vaga, inefable armonía  
De notas extrañas,  
Celestial y divina, en la tierra  
Jamás escuchada.

Y el murmullo de mágicas frases,  
Que no hay idioma  
De riqueza bastante en que vibre  
Su música ignota.

Yo expresarla intenté, mas en vano;  
¡Jamás lo alcanzaran  
Nuestras doce raquíticas notas  
Dó el arte se enclava!

Yo recuerdo soñados pensiles  
De flores eternas,  
Y encantados palacios aéreos  
De nácar y perlas.

Y aquel ser de ideal hermosura  
Dulcísimo y puro,  
Que doquiera busqué, sin hallarle  
Jamás en el mundo;

Y ese afán misterioso que el pecho  
Sintió palpitando,  
Por un *algo* sublime, infinito,  
Jamás alcanzado.

Tanto sueño de amor y de gloria  
Que al alma embriagaban,  
Para hacerla encontrar, despertando,  
Tan solo la nada!

Tanta sed de saber; tanta ardiente  
Titánica lucha,  
Para hallar en la ciencia escondida  
La tétrica duda!

Tan hermosa ilusión encantada  
Que trájome ciego,  
Para verla, al llegar, deshacerse  
Cual nube en el viento!

La esperanza tenaz de otra vida  
Que yo presintiera;  
Todo al fin me enseñó que mi patria  
No estaba en la tierra.

No, no está en este mundo! Por eso  
Levanté los ojos,  
Y á esos astros que esmaltan la noche  
Con ansia interrogo.

Cuando rompa su cárcel mi alma  
El éter zurcando,  
¿Hallará en ese Cielo la clave  
Del múltiple arcano?

¿Es acaso su anhelo sin nombre  
Tal vez un recuerdo?  
¿Es del Cielo la ardiente nostalgia?  
¿Quien puede saberlo!

¿Cruzaré desplegando sus alas  
La fúlgida esfera,  
Dó en torrentes de luz esos mundos  
Magníficos ruedan?

¿Dirá un ángel allí: «Ven, descansa,  
Tu patria es el cielo?»  
¿Saciaré en él mi sed de infinito?  
¡Oh! sí, yo lo espero!



Por que aquí, si escaldando mis ojos  
Los baña mi llanto;  
Y al luchar en mi afán incesante  
La mente me abraso;

Al mirar, deslumbrante de estrellas  
La noche callada,  
Algo siento yo aquí, que me dice:  
¡Allí está tu patria!

ALEJANDRO HARMSSEN.

## PAULINA RUBENS.

(Segunda parte.)

(CONTINUACION)

—Todos vuestros amigos participarán de vuestros sentimientos, no los dudeis, señora, y os lo aprobarán manifestándoos mas respeto y veneración aun que antes.

Venid á pasar algunos días en el campo, con mi muger en una quinta mia; la amistad de una persona tan digna de cariño como vos, no puede menos de ser muy envidiada y apetecida por ella y por mí; llevaremos á vuestro hijo; el aire puro os hará mucho bien á los dos. Ea, dadme la mano; es negocio concluido, ¿no es verdad? Vamos, vestios; entretanto bajare á la habitacion de Mr. Mussault, á decirle que aceptais sus ofertas, y á decirle que dentro de quince días tomaréis posesion del destino que os propone. En seguida iré á buscar á vuestro hijo al colegio. Mi carruaje está á la puerta, y esta misma tarde partiremos á mi chocita de Saint-Maur.

Madama Van-Eyckens se vistió, admirada de verse con una fuerza que no creia tener. Subió al carruaje y le sorprendió agradablemente el ver que los vaivenes del coche no la causaban la más mínima sensacion, cuando poco antes el menor movimiento la hacia experimentar dolores agudísimos.

II.

### EL TRONO DE NAPOLEON.

Si las enfermedades materializan al alma, la

convalecencia espiritualiza el cuerpo. Embotados y entumecidos los sentidos por el dolor, se ensanchan cuando recobra la salud y se prestan á una ventura inefable y á una pureza virginal, porque las pasiones terrestres no los han manchado en mucho tiempo.

Nos sentimos felices como si renaciéramos y queremos disfrutar de la vida; se nos ha pegado algo de los perfumes misteriosos del cielo, que casi hemos tocado al hallarnos próximos á la muerte.

Todo es alegría; todo causa felicidad. El cielo azul con sus blancas nubes, el pájaro que canta, el aire que se respira, las flores que extasian, las frutas que refrescan los labios, todo contribuye á hacernos olvidar los recuerdos dolorosos. De nada nos acordamos, no formamos proyecto alguno, para nosotros no existe pasado ni futuro, no tenemos más que una idea, no experimentamos más que una sensacion á la que apenas pueden resistir nuestras facultades, esta sensacion es ¡Yo existo!

Paulina, á quien hacia tanto tiempo que la mano de hierro de una enfermedad sin nombre hacia arder la cabeza, y desgarraba su cerebro con horribles uñas, Paulina, que ahora sentía su frente libre y ligera, que podia contemplar la claridad del día sin dolor; Paulina que habia permutado la oscura cautividad de su reducida habitacion por la luminosa libertad de los campos: Paulina, vuelta á la salud, á su inteligencia, á sus afecciones, no sabia ni podia hacer más que alabar á Dios, abrazar á su hijo, y estrechar con reconocimiento las manos de los amigos que la rodeaban y que la prodigaban á su vez mil cuidados tiernos y cariñosos. Habia encontrado en madama Destreés á una amiga sencilla y afectuosa, que, preparada por la relacion del doctor, amaba ya á la joven, cuyas desgracias y valor la eran conocidas. En la primera semana de su estancia en Saint-Maur, volvió á tomar su brillo la belleza de Paulina; á la lívida palidez que la desfiguraba sucedió un suave sonrosado y un semblante animado que añade tantos encantos á una fisonomia pura y angelical; su sonrisa recobró su dulce tranquilidad y en sus grandes ojos negros no quedó el menor rastro de aquellas sombras calenturientas que les habia impuesto la enfermedad.

Todos los días, Paulina despertada temprano por la muger del doctor, se cubria apresuradamente con una bata y bajaba con Adriano para dar un largo paseo, bajo la direccion de su nueva amiga, ya por el bosque de Vincennes, ya por las orillas deliciosas y pintorescas del Marne. El niño iba delante de ella y se detenía á cada



paso volviéndose para mirar á su madre que se creía feliz y sentía un estremecimiento de una dicha sublime á cada mirada de su hijo. Si éste cogía una mariposa, al momento la llevaba á su madre, quien la dejaba en libertad; si cortaba una flor era con el objeto de que Paulina adornase con ella sus cabellos ó la colocara en su cintura. Unas veces el niño se paraba con el oído en acecho y los ojos animados, haciendo seña á su madre y á la compañera de ésta con una mano, para que no diera un paso mas, y con la otra extendida sobre un arbusto, espiaba la ocasion de apoderarse de algun pajarillo, que estaba en el nido; pero un movimiento del pequeño cazador avisaba de su peligro á la avecilla, que volaba despidiéndose de superseguidor con un chirrido burlon. Otras veces era una lagartija á quien perseguía, ó bien algun insecto de estos que reflejaban en su piel los colores de la esmeralda, del sáfiro, del rubí y de los tesoros escondidos en las minas de la tierra. Su madre no se cansaba de verlo correr, con el cabello esparcido al aire, de flor en flor como una abeja. El orgullo y alegrías maternas la embriagaban con sus deliciosos trasportes, y cada momento Adriano, llamado por su madre, tenia que acudir á presentar sus rosadas mejillas y su blanca frente á los ardientes besos de Paulina.

Así se pasaron quince dias, quince dias sin ninguna idea penosa, quince dias sin un recuerdo hacia lo pasado ni una mirada hacia lo futuro, quince dias, de olvido, de felicidad, de éxtasis al que ayudaba tambien la naturaleza por su parte; porque durante la noche bañaba la tierra con una lluvia saludable que daba frescura á la mañana y templaba los ardores del medio dia. Al concluirse estos quince dias, al volver Paulina con Adriano y madama Destrés de un paseo mas agradable aun que los demas, se encontró con dos modistas que la esperaban con una carta de Mr. Mussault para ella. He aquí lo que decia esta carta:

«Os envío, mi querida señora, algunas ropas, entre las que desea mi hijo que elijais para que las costureras puedan despachar vuestro vestido para pasado mañana 14 de Junio, que es el dia convenido como sabeis para tomar posesion de vuestro destino. Vuestro atento servidor.

Mussault.»

Toda la alegría y felicidad de Paulina huyeron con la lectura de esta carta. Cayó repentinamente desde un mundo ideal á la triste realidad; de la dicha á los padecimientos. Ella recordó lo pasado y sintió lo futuro.

—Venid, señoritas, dijo á las modistas con un suspiro; y las llevó á su habitacion. Abrieron estas los paquetes que traian y que contenian seis trages de las telas mas claras y brillantes. Todos los vestidos eran escotados y de manga corta.

—O esto es resultado de una equivocacion, dijo Paulina, ó la amistad de Mr. Mussault hacia mí le ha alucinado. Yo no estoy en posicion de adornarme con trages de gran gala, que no pueden servir sino para bailes ó tertulias. Por otra parte llevo luto por mi esposo y no pienso dejarlo en dos años, segun el uso del país en que he nacido.

Las costureras se echaron mutuamente una mirada importuna de sorpresa.

—La señora, dijo una de ellas reprimiendo una sonrisa, la señora podrá llevar el luto fuera del mostrador pero Mr. Mussault no creo que piense tener en su café una dama en negligé y vestida de luto,

—Esto haria gran contraste con el sillón que os han destinado.

—¿Que tiene de particular ese sillón? preguntó Paulina asustada de lo que oia.

—¡Ahí es nada! Es el trono de Napoleon Bonaparte, que Mussault acaba de comprar á peso de oro.

Paulina sintió que le flaqueaban las piernas y que estaba próxima á desmayarse, ¡que suerte la esperaba! profanar su persona, convertirse en una muestra, esponerse á la curiosidad insultante y estúpida del populacho. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y hondos suspiros brotaron de sus labios. Madama Destrés acudió con Adriano, que se precipitó en los brazos de su madre, inquieto y afligido por el dolor que esta manifestaba.

Paulina se levantó bruscamente dió gracias á Madama Destrés con una mirada espresiva y enjugando sus lágrimas dijo.

—Es preciso perdonarme un momento de debilidad, es un acceso pasajero de la crisis nerviosa que tanto me ha hecho sufrir.

Con una frialdadesperacion y una insensibilidad aparente se puso á probarse detenidamente los trages enviados por Mr. Mussault; dejó á las modistas que hicieran lo que quisieran y no volvió á demostrar el menor indicio de lo que padecía en su interior.

Enseguida entregó su contestacion para M. Mussault á las costureras. En ella le decia que conforme á los deseos que le manifestaba, estaria á su disposicion el dia convenido.

La noche última que pasó con madama Destrés fué muy triste. Hablaron de cosas indiferentes, mientras la una tenia la muerte en lo



hondo del corazón y la otra se sentía profundamente conmovida por su desgraciada compañera. Después de una noche que con sorpresa de Paulina, no la pasó en vela, fué á despedirse de la mujer del doctor. Esta quería acompañarla á París.

—Muy conveniente sería vuestra presencia, dijo madama Van-Eyckens, pero sería esponeros á inútiles emociones. Mejor quiero arrojarme de una vez en medio de mi nueva existencia, que tener que sufrir de nuevo el dolor de la desesperación. Quedaos aquí y con vos quedese de una vez toda mi felicidad. Acaso me será permitido venir á encontrarla, aunque no sea sino á largos intervalos.

Abrazó tiernamente á madama Destrées, tomó á Adriano de la mano y subió al carruaje, en el que la esperaba ya el doctor. Cuando dejó de ver las despedidas que le hacia desde lejos con el pañuelo madama Destrées, enjugó una lágrima, la última que debia derramar en esta difícil prueba y repitió para sí las palabras de Jesús en el monte de las Olivas:

—Hágase tu voluntad.

Cuando llegó á París madama Van-Eyckens condujo á su hijo al colegio que el doctor le recomendó. Dirigió al niño una corta exortación animándole al trabajo, le abrazó después de cortarle un rizo, que colocó en su seno, se separó de Mr. Destrées á quien apretó la mano en silencio, subió en un fiacre y se hizo conducir á la calle de Valois, adonde Mr. Mussault la habia citado. El viejo la esperaba en un cuarto de un piso tercero. Los muebles rotos de Paulina habian sido recompuestos, y por una consideración delicada, que Bella habia sugerido al cafetero, se le habia dado á la habitación el aspecto y disposición de la morada de la calle de los Mártires.

—Tomad posesión de vuestra nueva casa, dijo Mr. Mussault; mañana á las dos mi nuera vendrá á presidir vuestro tocador; á las cuatro os conduciré al mostrador.

Añadió algunas advertencias sobre el modo de llevar las cuentas del café, y explicó á Paulina con mas tacto y delicadeza que prometia, las reglas para la conducta que habia de seguir una jóven con sus patronos y los parroquianos del establecimiento; concluyendo con algunas expresiones afectuosas que hacian traslucir un verdadero interés por la desgraciada viuda.

—Yo iré todos los dias, le dijo, todos los dias que no haga muy mal tiempo á saber noticias de vuestro hijo; será una costumbre provechosa para mí, porque me hará pasear, y agradable para vos.

Ea, adios, mañana yo estaré allí para acompa-

ñaros en vuestra presentación ó llámeme primera salida.

—Si, mi primera salida, suspiró Paulina, porque héme de aquí en adelante en un teatro, reducida al último rango de la escala de actrices..... solamente! ay de mí que no tendré ni el talento ni la gloria por recompensa.... ¡Adriano Adriano! exclamó angustiada; no quiero tener en medio de las pruebas que me esperan más que un solo pensamiento, tú, hijo mío!

El día siguiente á las dos en punto, la nuera de Mr. Mussault se presentó en casa de la nueva dama de mostrador; venia acompañada de un peluquero, cuyas operaciones queria presidir ella misma. El peluquero empezó á batir los hermosos cabellos de Paulina, y á formar con ellos un rodete muy alto, que guardaba muy poca armonía con la fisonomía sentimental y noble de madama Van-Eyckens. Por grande que fuera la abnegación que habia hecho de sí misma, á vista de estos preparativos ridículos, el instinto de mujer se hizo sentir en ella y arriesgó hacer algunas observaciones; madama Mussault cortó por medio, alegando que era la única autoridad en semejante materia, que el artista seguia sus instrucciones y que era necesario que las cosas marchasen por su orden. No habia que responder á una explicación tan esplicita hecha con una voz vibrante y por una mujer pequeña, rechoncha, colorada y carrilluda. Paulina se resignó y dejó que hicieran de su pelo lo que quisieran.

Después que se hubo vestido un traje de terciopelo carmesí, que dejaba desnudos sus brazos, dignos de la mejor estatua antigua, y sus hombros que Cánova hubiera deseado para su Hebe, madama Flora Mussault sacó de un gran estuche que habia traído consigo un collar de mucho valor, pero de una hechura antigua, y no titubeó en cargar con esta pesada cadena de diamantes las delicadas formas del cuello de Paulina; rodeó las finísimas muñecas de esta con brazaletes gigantescos y paseando una mirada triunfante sobre el todo del tocado.

—Estais encantadora de esta manera, dijo:

No pudo menos Paulina de echar una mirada sobre el espejo colocado enfrente de ella, y al verse vestida de un modo tan recargado, tan comun y con tan poco gusto, se sintió humillada y confusa.

(Continuad.)

E. B.



## Á LA VISTA DEL PUERTO.

¿Quién no conoce la interesante y triste historia de lord Pelbroke, protagonista de una causa célebre que tuvo el privilegio de llamar consecutivamente la atención por espacio de mucho tiempo en esa inmensa babel que se llama Londres, y en cuyo incesante flujo y reflujo de pasiones, los sucesos mas graves y trascendentales, pasan con la rapidez que pasan y se borran las imágenes sobre la faz límpida de un espejo?

Sir Jorge era hijo segundo de lord Pelbroke, uno de los hombres mas ilustres y respetados de la vieja Escocia.

El antiguo castillo en donde se habia deslizado su infancia, estaba situado á orillas de un lago de ondas puras y apacibles, rodeado de árboles gigantescos, de follaje oscuro. Apoyabase por atras sobre peñascos escalonados, que subian á perderse entre las nubes, y solo turbaban el silencio de aquel lugar apartado, la música discordante de los patos y cercetas, habitantes del lago, y la de las aves de rapiña ocultas en las concavidades de las peñas.

Jorge, de una naturaleza poética y delicada, en armonia con aquellos poéticos lugares, era tímido, soñador, melancólico. Gustábale la soledad, y preferia el trato de los humildes al de los nobles necios y orgullosos que frecuentaban su castillo.

Ofrecia su carácter inmenso contraste con el de su hermano mayor, Arturo, vivo, petulante, hablador y decidido. Merced á estas cualidades deslumbradoras, era preferido por sus padres, que adoraban en él, y por cuantas personas frívolas los rodeaban.

Las alabanzas de Jorge sololas formulaban en voz baja los pobres, á quienes socorría con la verdadera caridad cristiana rodeada de misterios, los alados pajarillos y las flores perfumadas.

No lejos de su castillo, al otro extremo del valle, alzabase otro castillo, en donde habitaba lord Erie con su hija única, otra criatura verdaderamente poética, blanca, pálida y melancólica como Jorge.

Desde su mas tierna edad, Lucía, que así se llamaba la jóven, estaba destinada por esposa á Arturo, y aun cuando apenas contaba cinco años, por sellar una sincera reconciliación entre

ambas familias, se habian celebrado sus esponsales.

Pero ay! que Jorge tambien la amaba desde niño; ay! que Lucía, si bien contenida por el deber y sometida á la voluntad de su padre, le correspondia con una ternura inmensa. Si ambos jóvenes se comprendieron alguna vez, lucharon valerosamente contra su pasión, y lograron reducirla al silencio. Jamás se habian dicho que se amaban.

El día de la boda estaba próximo. Arturo habia ido á Londres hacia algun tiempo con objeto de presentarse al soberano; pero cuando sus padres le esperaban impacientes, llegaron al castillo en su lugar tristes y desconsoladoras nuevas.

Arturo se habia entregado á los placeres, y al salir de una orgía, ébrio y fuera de sí, habia dado muerte á un alto personaje, individuo de la real familia. El moribundo, antes de espirar, habia nombrado á lord Pelbroke. En su consecuencia habian llevado á este al banquillo de los acusados, y no se sabia si el soberano conmutaria la pena de muerte en la de un perpétuo destierro.

Jorge vió la desolación de su familia y la del padre de Lucía, y tomó una determinación repentina. Envio á la jóven un ramo de pensamientos, poniendo en su centro un billete que contenia estas solas palabras: «Os amo, y el amor es sinónimo de sacrificio. Voy á devolveros el esposo, y á mis padres su hijo predilecto.»

Corrió á Londres, se presentó á los tribunales, se acusó á sí mismo de ser el asesino, aduciendo como prueba el nombre ilustre que llevaba, y conmutada la pena de muerte en la de perpétuo destierro, se embarcó para la India, consagrandó allí su vida á la caridad y al estudio.

No habiendo querido importunar á su familia con el espectáculo de su desventura, la ocultó su residencia, pasando por infinitas penalidades, y careciendo á veces hasta de pan que llevar á sus lábios y de techo para cobijarse. Por fin logró fundar un colegio de enseñanza, que se acreditó muy en breve, y con los productos del colegio, un asilo para los ancianos y los niños. Su nombre era bendecido y venerado.

Pasaron los años.

Jorge vivia, si no feliz, á lo menos tranquilo, con la conciencia de haber hecho la felicidad de los seres queridos de su alma, cuando un día se presentó á su puerta un extranjero.

Traia una cajita de palo de rosa, dentro de la cual reposaba el ramito de pensamientos que habia dado á Lucía en otro tiempo, y una carta de la misma Lucía, en que le daba estrañas nuevas,



Sus padres habian muerto, su hermano Arturo, despues de su casamiento, habia trasladado su residencia á Londres, y con objeto de acallar sus remordimientos por haber dejado condenar á Jorge en lugar suyo, se habia entregado por completo á los placeres tumultuosos.

Herido de muerte en un desafio, habia querido dar antes de espirar un público testimonio de la inocencia de su hermano.

Lucía estaba viuda y le amaba; su sentencia estaba anulada, y en lugar del vilipendio, en Inglaterra se alzaban entusiastas voces de alabanza por el heroismo de su conducta.

¡Jorge no podia comprender cómo no espiraba de júbilo al leer estos adorados renglones!

Escribió á Lucía una carta regada con sus lágrimas, manifestándola los apasionados sentimientos de su alma, y fijándola el dia de su regreso.

Lució este afortunado dia.

Lucía, acompañada de sus amigos, corrió loca de placer á la playa, vió asomarse á lo lejos como una blanca nube la nave que le traía á su adorado, vióla acercarse blandamente, mecíendose sobre las tranquilas olas. Pero ay! de pronto el sol se oscureció, las olas se encrespáron, silbaron los vientos enfurecidos, y la nave hecha pedazos, cubrió el mar con sus despojos. Las barcas que habian volado á su socorro, solo lograron traer á Lucía al inanimado cadáver de Jorge, que habia naufragado á la vista del puerto! La infeliz no tardó mucho tiempo en sucumbir á su pena, ordenando que la enterrasen en la misma tumba en donde reposaba su adorado.

¿Será que el heroismo y la virtud no encuentren recompensa en este mundo? Ah, nó! es que Dios quiso que aquellas almas privilegiadas arribasen juntas á otro puerto mejor, en donde gozasen eternamente de las palmas conquistadas con sus lágrimas!

A. G.

## CORRESPONDENCIA.

*Córdoba.* Señor don F. I. C., recibí los 32 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Jaraiz.* Señor don A. P., recibidos los 24 rs., tanto usted como su señor tio tienen pagado hasta fin de abril del 80.

*Fernan Nuñez.* Señor don R. G. J., en nuestro poder los 12 rs., con los cuales deja pagado hasta fin de junio del 80.

*Salamanca.* Señor don G. A., recibí los 32 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Viso del Marqués.* Señor don L. del C. y M., anotada la suscripcion, con los 24 rs. deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Villavicencio.* Señora doña M. M., resta usted 12 rs. hasta fin de diciembre del 79.

*Arauzo de la torre.* Señor don E. E., por la nota que acompaña en el número 7 de este año podrá ver lo que desea.

*Vaca.* Señora doña V. C., remitimos los números que le faltan y deja abonada la suscripcion hasta fin de junio del 80.

*Alcántara.* Señor don M. A., recibí los 20 rs., deja abonado hasta fin de agosto del 80.

*Salamanca.* Señora doña S. I. de V., con los 10 rs. que envia queda pagada su suscripcion hasta fin de marzo del 80.

*Cádiz.* Señora doña E. A y R., tiene abonado hasta fin de noviembre del 79. En este reparto verá impresa la poesía.

*Valderas.* Señor don Z. O., don M. S. C. y don F. O., abonadas las suscripciones de la revista hasta fin de abril del 80.

*Torrelobaton.* Señora doña T. S. P., id. id.

*Móstoles.* Señor don V. C., recibí los 8 rs., queda pagada la suscripcion hasta fin de abril del 80.

*Ocon.* Señora doña J. G., deja abonada la revista hasta fin de octubre del 80 con los 12 rs. que envia.

*Quiroga.* Señora doña R. F. C., en nuestro poder los 12 rs., con los que deja pagado hasta fin de abril del 80.

*Villavelasco.* Señor don F. R., conformes con lo que indica en su carta.

*Pradejon.* Señora doña S. J., recibí los 16 rs., queda abonada la suscripcion hasta junio del 80.

*Fresno de la Vega.* Señor don C. A., remitimos hoy la nueva suscripcion que desea.

*Santa Cruz de Tenerife.* Señor don L. M., recibí los 8 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Cocentayna.* Señor don P. P. G., recibí los 48 rs., deja abonado hasta fin de abril del 80.

*Haro.* Señor don E. M., servida la suscripcion. Con los 12 rs. abona hasta fin de junio del 80.

*Las Palmas.* Señor don L. S. y U., remitimos los números que pide.

*Tenerife.* Señorita doña P. M., abonado hasta fin de junio del 80.

*Luanco.* Señor don B. M., hecha la traslacion: se le complacerá en lo que desea.

*Arahal.* Señora doña V. Z de Z., recibidos 52 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

*Villanueva de Troza.* Señora doña C. G., le remitimos el número que le falta del 76.

*Cartagena.* Señora doña M. T. V. de F., recibí los 8 rs. queda abonado hasta fin de diciembre del 79.

*Creta.* Señora doña M. M., recibidas las 12 pesetas; dejando abonado doña C. A., doña B. M., hasta fin de diciembre del 80.

*Córdoba.* Señora doña D. G., le remitimos los números que pide.

*Toro.* Señora doña M. S., recibidos los 24 rs. abonando hasta fin de febrero del 81.

*Gijo.* Señora doña P. G., con los 24 rs. que envia deja abonado hasta fin de agosto del 80.

La Directora.

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia.»